

Autoficción: una ingeniería del yo



SERGIO BLANCO (2018).

Madrid, Punto de Vista Editores, 111 p. / ISBN: 9788416876532



Juan Enrique Mendoza Zazueta

Cuerpo Humanismo e Identidad Cultural. Facultad de Filosofía y Letras Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, Sinaloa, México

juanmendoza@uas.edu.mx

Fecha de recepción: 12/03/2019. Fecha de aceptación: 26/04/2019.

Para presentarnos su ensayo *Autoficción: una ingeniería del yo*, el dramaturgo y director teatral uruguayo, radicado en París, Sergio Blanco dice estar “trazando una cartografía fascinante que me ha hecho aventurarme en esos territorios incógnitos del yo” (13). Considerado por José Luis García Barrientos entre los cinco autores más importantes en lengua española actualmente, Sergio Blanco es autor de una sólida producción dramática y ha sido merecedor de innumerables premios, como el *Award Off West End* en Londres en 2017, por su obra *Tebas Land* (2012).

Este texto, donde Blanco reflexiona sobre el concepto de autoficción, en el sentido de su operación, *ingeniería* como él lo nombra desde el título, es el resultado de una reflexión en voz alta, de un sueño imaginativo que es en sí su investigación. El concepto de autoficción, neologismo acuñado en 1977 por Serge Doubrovsky, en la contraportada de su novela *Fils*, consiste en una especie de autobiografía alejada del grado cero de la escritura en cuanto a su modulación discursiva y retórica y centrada en los hechos narrados como reales, lo que acentúa los aspectos referenciales de la obra. Esta nueva especie literaria, la autoficción, ha sido estudiada por Alberca en *El pacto ambiguo* (1996) a partir de las ideas propuestas por Lejeune en su libro *El pacto autobiográfico* (1975).

En esta ocasión, nos encontramos con un texto en donde el creador, después de una sólida obra dramática, se plantea una reflexión sobre lo que él llama “dispositivo bélico contra uno mismo” (15),

que le ayude a acercarse a esta forma de escritura ahora desde un planteamiento hipotético, subjetivo, es decir el camino de su propia experiencia. En la primera parte, Blanco aborda la construcción de una definición del concepto de autoficción partiendo de las palabras de Doubrovsky “La autoficción es una ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales” (21), que se configura entre dos polos, ficción y realidad, que constituyen las fronteras no traspasables del fenómeno teatro. En el *Captatio*, con que abre su obra *El bramido de Düsseldorf* (2017), la voz de un personaje da una definición del concepto que lo ayudará a observar tres aspectos fundamentales. El primero establece la relación entre lo real y lo que no lo es, su concurrencia, para establecer las fronteras de la escritura donde se genera esta hibridación. Con breves, pero certeros trazos, sus palabras van configurando un pensamiento capaz de construir un polo antitético al *pacto de verdad* de Lejeune, que Blanco denomina *pacto de mentiras* (23). El segundo aspecto se desprende de la definición aludida, término que el autor propone como aquello que separa la autoficción de la autobiografía, una frontera más –ambivalencia quizá, ambigüedad sin duda- y es allí en donde nace como experiencia *amoral* e *ilegítima*, como una posibilidad de operar con el lado oculto u oscuro de la autobiografía. Termina esta primera parte estableciendo con el tercer aspecto, el sentido confesional de la autoficción, pues el “objetivo de la producción autoficcional no es enclaustrarse... sino, por el contrario, ir hacia el otro” (25):

así, toda autoficción parte de una necesidad, la de ser querido por el otro, en un claro sentido de encontrarse con la alteridad.

A continuación, Blanco nos presenta un *Recorrido histórico de las escrituras del yo*, como ya lo menciona en el preludio, “un rápido y vertiginoso recorrido” (16), pero no por ello menos claro y lleno de una consecución lógica que, a medida en que se va construyendo, presenta el juicio acerca de un pensamiento que se despliega y apuntala en los momentos clave para determinar y construir su idea, en una clara necesidad, parafraseando sus palabras, de ser entendido por los demás, aunque en este caso los demás sean aquellos que quieran explorar este universo autorial y ficcional. El recorrido va desde Sócrates y San Pablo, hasta llegar al siglo XXI y su individualismo: cada apartado de este capítulo contribuye a ese “examen del yo” (29), “exploración del yo” (31), la construcción de la autobiografía y su sentido confesional, aportado por San Agustín. Pasando por la desfragmentación del yo, su invención, el yo como textualidad y su concepción de universalidad al contener en un yo a la humanidad, pero también su fragilidad contenida en la memoria y la duda del yo ante esa laxitud, así como, a partir de lo anterior, la posibilidad de inventarse, de esta forma “autoficcional podría ser la capacidad de provocar vacíos que nos obliguen a confundir realidad y ficción, obligándonos así a inventar y a ficcionalizar” (43). El recorrido histórico se completa con la reflexión sobre el concepto de *otredad desconocida*, aportado por Rimbaud y Nietzsche, posibilidad del otro habitado, de imaginar lo otro en el yo, de reinventarse, para concluir con, quizá, una posibilidad temática y estética apuntada por Blanco en esta última parte del capítulo: la desubjetivación del sujeto para ser ahora un objeto, una cosa como forma de reconocerse y la autoficción como una posibilidad contra ese *individualismo desubjetivador*, un camino posible para encontrándose encontrar a ese yo polisémico que nos ofrece. Blanco nos plantea la posibilidad de ser y no ser.

Hacia el final del ensayo, Blanco se une a la tradición de intentar definir un decálogo, que nos recuerda un conjunto de consejos, pautas o reglas, en este caso un *Decálogo de un intento de autoficción*. Para llegar a ello, se planteó analizar su propia experiencia en “mi escritura del yo” (56), en sus obras, sus autoficciones, hablar de sí. La propuesta consta de diez funciones, acciones que acentúan el concepto de ingeniería, si bien no es propiamente un manual, sino una serie de pasos que, de forma clara y generosa, relaciona con sus creaciones. Dichas funciones tocan aspectos que concretan su exposición sobre la autoficción: conversión, traición, evocación, confesión, multiplicación, suspensión, elevación, degradación, expiación y sanación. La simple lectura en orden de cada una de estas funciones presenta el camino del alma a un encuentro con el otro en un acto de reparación, en un encuentro profundo con su yo. Un camino que parte de relatarse a sí mismo, ser y no ser al mismo tiempo, como posibilidad de transustanciarse, para encontrarse al final con aquello que se ha vivido. La trama se nutre así del trauma, juego retórico, la palabra como fin, como posibilidad de liberación. El epílogo del ensayo acentúa su búsqueda y poética: “no escribo porque me quiera a mí mismo, sino porque quiero que me quieran. ¿Por qué irrita tanto que alguien busque ser querido? ¿Puede haber acto menos arrogante que necesitar el amor de los demás?” (109).

Adentrarse en *Autoficción: una ingeniería del yo* de Sergio Blanco y, al mismo tiempo, leer su obra es acceder a la posibilidad de rescribirnos, de conectarnos con el otro, de establecer un acto de honestidad y declararnos incompletos, de entender, a partir de la autoficción de Blanco, que necesitamos al otro para no sentirnos solos, que es por el otro y para el otro que este fenómeno ancestral sigue existiendo, que el teatro convoca un *nosotros*.